

SERRATS URRECHA, Gonzalo. *El general Álava y Wellington, de Trafalgar a Waterloo*, Madrid, Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2015, 607 pp.

Agustín Guimerá Ravina
Instituto de Historia, CSIC

“Tenerlo tan a mano [el retrato de Álava], en casa de mi familia, me ha permitido, ya desde muy joven, interrogar a aquella esfinge sobre lo que intentaba decirme... pronto dejó de ser un cuadro para convertirse en un faro que iluminaba el camino... Ayudado por su mirada luminosa, es él a ti, y no tú a él, quien interroga: ‘¿Qué buscas?’”.

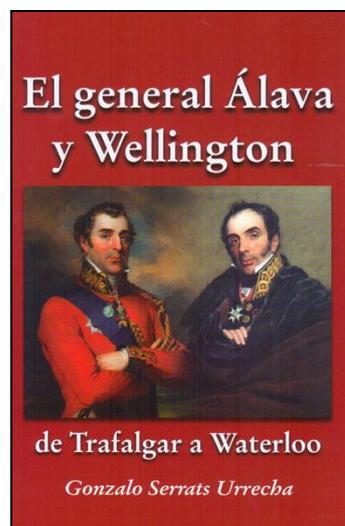
(El cuadro de Bonnemaïson, por Gonzalo Serrats, página 21)

Álava y la batalla de Waterloo. Un español en el Estado Mayor de Wellington.

Los historiadores estamos de enhorabuena. Tras dos siglos de ostracismo académico, la memoria colectiva ha recuperado al general Miguel de Álava y Esquivel (Vitoria, 1772- Baréges, 1843). Combinando fuentes privadas y públicas, con un buen apoyo bibliográfico, su descendiente Gonzalo Serrats (San Sebastián, 1968) ha llevado a cabo una excelente biografía de este ilustre militar, coincidiendo con el bicentenario de Waterloo. Álava fue el único oficial español que tomó parte en la famosa batalla, encuadrado en el estado mayor de Wellington. En mayo de 1810 la Regencia nombró al vitoriano como enlace del gobierno español en el ejército anglo-portugués, para coordinar las operaciones aliadas en la Península Ibérica. A partir de entonces y hasta la abdicación de Napoleón, en abril de 1814, Álava tuvo un papel fundamental en las relaciones con el llamado “Duque de Hierro”. El autor nos narra, con precisión cronológica y abundante información, la peripecia vital de su antepasado.

Tras un corto período en el Ejército, el joven Álava se incorporó a la Armada en 1790. Siendo ya teniente de navío, tomó parte en la campaña de 1805, como ayudante de mayoría de la escuadra, en el buque insignia de su comandante general Federico Gravina. Participó en los combates de Finisterre (22 de junio) y Trafalgar (21 de octubre), en este último a bordo del *Príncipe de Asturias*, insignia de Gravina. Cuando estalló la guerra de la Independencia, se incorporó voluntariamente al ejército de Castaños en Madrid (julio de 1808). A partir de ese momento, su carrera se desarrolló en el seno del Ejército.

Destinado al estado mayor de Wellington, su valentía, habilidad militar, dotes diplomáticas, integridad y trato cordial le permitieron ganarse la confianza –incluso la amistad– del duque, acompañándole en numerosas batallas y movimientos del ejército aliado durante toda la guerra: Busaco, Gévora, Fuentes de Oñoro, Albuera, Badajoz, Arapiles, Vitoria, San Sebas-



tián, Orthez, Toulouse... ¡Hasta tal punto fue estrecha esa relación que en 1813, durante la convalecencia de Álava a causa de una herida, Wellington le escribió 45 cartas personales, escritas en español! Ambos habían aprendido la lengua materna de cada uno en esos años. Incluso los dos fueron levemente heridos en Orthez, cuando estaban juntos supervisando la acción. El duque le regaló un juego de té, de plata, que conserva la familia. Por otra parte, los descendientes de Wellington guardan todavía retratos de Álava en sus mansiones familiares.

Fue asimismo respetado por el resto de la oficialidad británica, obteniendo nada menos que nueve medallas de esta nación por su actuación en algunas batallas del ejército aliado en la Península. Al finalizar las guerras napoleónicas, cerca de doscientos oficiales británicos llevaron a cabo una colecta para regalarle una vajilla de mesa, también de plata.

El culmen de la carrera militar de Álava fue su participación en Waterloo. El autor nos narra con maestría su papel en aquellas dramáticas jornadas (Capítulo X). Nombrado embajador en la corte de Holanda y los Países Bajos, el gobierno español le pidió expresamente que estuviese cerca de Wellington durante la campaña napoleónica que se avecinaba. Álava se incorporó al ejército del duque el 17 de junio, el día anterior a la batalla. En las horas siguientes se ocupó, junto con el coronel De Lancey, de reconocer el terreno y desplegar las tropas aliadas en las posiciones elegidas por su jefe, aquellas alturas que dominaban el camino principal de Bruselas, al sur del pueblo de Waterloo. Álava acompañó al duque en toda la línea durante aquellas terribles horas del 18 de junio, en medio del fuego francés. Ambos fueron los únicos miembros del estado mayor aliado que salieron ilesos de la contienda. Son de gran interés sus testimonios del combate: la carta que remite al secretario de Estado, Pedro Ceballos, al día siguiente; y, sobre todo, el parte oficial que envía al mismo, con fecha 20 de junio (Anexo 7). Estos textos constituyen una prueba de la valía militar de Álava.

Tras Waterloo, el general español, convertido al liberalismo, atravesó por muchas peripecias: diplomático, capitán general, diputado por el Trienio Liberal, exiliado en Gran Bretaña y Francia, presidente del consejo de ministros, ministro de Marina y Estado, combatiente en la primera Guerra Carlista... Es sin duda una vida de novela. Sus restos reposan hoy en su ciudad natal.

El autor despliega en estas páginas un buen estilo literario, además de una gran sensibilidad a la hora de describir la psicología de sus personajes, en especial Álava y Wellington. En sus cartas personales al general español, llenas de complicidades, el duque nos muestra una faceta poco conocida de su carácter, lejos de la frialdad y soberbia a que nos tiene acostumbrada la historiografía: preocupación por sus subordinados, disfrute de la caza y las mujeres, sentido del humor, etc. Las magníficas láminas y los mapas de las campañas hacen que la obra de Gonzalo Serrats se lea con gusto, pese a la complejidad de los acontecimientos narrados. Para terminar, animo al autor a que lleve a cabo una edición crítica de toda la correspondencia privada de Wellington al general Álava para el público anglo-americano. Ambos amigos y compañeros de armas se lo agradecerán.